

Resumen de la conferencia del día 5/2

Cuando la modernidad se pone en marcha en la Ilustración, pretende la emancipación del ser humano, ya mayor de edad, frente al absolutismo del trono y el altar. Autoconciencia, autonomía y autorrealización son los tres motores propuestos, y una confianza infinita en el progreso humano con capacidad visionaria de universalidad. El individuo se debe responsablemente a la especie (véanse los imperativos categóricos kantianos). Para que el hombre no fuera “lobo para el hombre”, y se acercara más al prototipo ilustrado del Emílio, libertad, igualdad y fraternidad eran hermanas. De ese modo, la razón ilustrada se puso el mono de trabajo y acometió los cambios sociales que eran debidos a la justicia, y más tarde las transformaciones tecnocientíficas del mundo para hacerlo más humano.

La razón ilustrada produjo consecuentemente la variedad de criterios y opiniones. También los sistemas institucionales y sociales especializados, con los que habrían de regirse las sociedades complejas. Con ello, la necesaria expansión del relativismo que, de conservarse la razón ilustrada que produce libertad, productora de igualdad e inseparablemente unida de la fraternidad, sería causa de bienestar y de progreso para todos.

Sin embargo, el desarrollo del capitalismo especulativo en libertad arrolló la responsabilidad para con todos y también el principio de fraternidad. Hemos dado en egotismo y en sociedades narcisistas. Ahí es donde veo la traición a la modernidad.

La postmodernidad asume que el proyecto de modernidad ha fracasado. Frente a opiniones como la de Habermas, que sostiene que no ha terminado todavía, la postmodernidad propone que en el relativismo se encuentran las nuevas posibilidades de recreación. El relativismo, frente al absolutismo, supone la eclosión de la diversidad y la multiplicación de posibilidades de creación.

Eso podría ser así si, en paralelo suyo, no asistiéramos a un nuevo neofeudalismo del capital que trata de imponerse con carácter de absoluto, en tanto se extiende el pensamiento débil, acrítico, de la postverdad como extensión del relativismo incapaz de crear alternativas. Estamos ante una situación de debilidad social, anoréxica de capacidad crítica y bulímica de dependencia y consumo. En ese estado, al definir la era de la postverdad, hija del relativismo, el Diccionario de Oxford advierte que en ella los hechos son menos determinantes que las emociones y con ellas modela la opinión pública, y la RAE habla de distorsión deliberada de una realidad que manipula creencias o emociones para influir en la opinión pública.

Bajo la égida del poder económico, que influye en el político y en el mediático, en un clima laxo de postverdad llegamos a las “fakenews”, a la creación de noticias falsas o tergiversadas que tratan de construir una falsa realidad de manera intencionada.

Por lo que respecta a España, uno puede constatar la mayoría sociológica que simpatiza con la izquierda, y la concentración de poder de las derechas, tanto en la economía como en los medios de comunicación. Frente al ejercicio de la política representativa, los poderes fácticos del capital pretenden influir en la orientación de la gestión política, y a través de su posición de dominio en los medios hacen lo propio en la orientación de la opinión. De ese modo, la verdad social se enfrenta con el maquillaje de la veracidad de medios tendenciosos, y con la manipulación y la falsificación descarada que actúa desde redes sociales y nodos administrados por robots informáticos que realizan tareas programadas y actúan como guardianes de la puerta que dan acceso a opiniones, las neutralizan mediante la lluvia de mensajes, y crean cuentas fantasma inexistentes.

Entre la postverdad y la hiperverdad languidecen las democracias. Las nuevas políticas populistas del extremismo, que apelan a emociones viscerales, están lejos de la política posibilista, que desde el espacio sociológico que representa apela a razones, al bien común, al equilibrio social y a la práctica del compromiso, a la razón al servicio de la justicia social, a la flexibilidad negociadora, al realismo que informa y no engaña, y al trabajo al servicio del bien común sin despreciar a las minorías.

En mi modesta opinión, las izquierdas suelen ser más críticas y exigentes, más afectadas por la diversidad de criterios y opiniones, más dadas a quedarse en casa cuando algo no es gusta. Las derechas, aunque descansen más en el ego o en minorías influyentes que en lo de todos, cierran filas y usan el poder que tienen.

La modernidad trajo consigo la democracia ¿Peligra la democracia? Ustedes lo dirán. Sí hay que considerar que la democracia sólo se fortalece con más democracia representativa, participativa y de plebiscito cotidiano. La autoafirmación salvaje del ego insaciable se hace lujuriente. HumptyDumpty es un descarado acuñando neolenguas. Los nuevos hornos crematorios trabajan lento.